

ARRIAZA

(DON JUAN BAUTISTA).

Este poeta, uno de los que mas celebridad han obtenido en nuestros tiempos, nació en Madrid, en 1770. Despues de haber recibido su primera educacion en el seminario de nobles, en Madrid, pasó al colegio militar de Segovia, desde donde entró á servir en la real armada, dedicándose por fin á la carrera diplomática. Falleció en Madrid en 1837.

Sus poesias, únicos trabajos suyos que conocemos, amen de algunos folletos políticos y artículos de periódicos, cuya importancia ha pasado con los sucesos que los inspiraron, como el *Fanal de la opinion pública*; *De necesidad virtud*, etc., etc., aunque no todas del mismo mérito, se han impreso muchas veces: son acaso las únicas entre las de los poetas modernos, que hayan obtenido hasta cinco ediciones. Las que insertamos en esta coleccion están sacadas de la quinta edición (Madrid, imprenta nacional, 1822—1826), que nos ha parecido la mas correcta.

El señor Maury, en su interesante obra *l'Espagne poétique*, señala en las poesias de Arriaza una cualidad á la que creemos que debe atribuirse en mucha parte el gran favor que han obtenido en España, que es, como dice con mucha razon: *Une clarté rare chez la plupart de nos écrivains*. En efecto la mayor parte de nuestros poetas modernos parece que solo se han propuesto escribir para las personas instruidas, por lo que no es extraño que sean poco apreciados del vulgo que, por lo comun, no los entiendo. *Depuis Lope de Vega*, continua el señor Maury, *M. Arriaza est le seul de nos poètes qui nous semble penser en vers. La nature le fit poète, les événements l'ont fait auteur.* (Tom. II, pág. 434.)

Nada faltaria en nuestro entender para que este juicio fuese del todo exacto, si se le completase con el que manifiesta en su obra *Letters from Spain* el autor ingles Henry Colburn, quien reconoce en el señor Arriaza mas dotes naturales que adquiridas, ó en otros términos, mas talento que instruccion.

I.

LA DESPEDIDA DE SILVIA.

Ya llegó el instante fiero,
Silvia, de mi despedida,
Pues anuncia mi partida
Con estrépito el cañon:

A darte el á Dios postrero
Llega ya tu tierno amante,
Lleno de llanto el semblante,
Y de angustia el corazon.

Llega tú, objeto divino,
Tiéndeme los brazos bellos,
Que si logro yo que en ellos
Dulce acogida me des,

No conseguirá el destino
El golpe que quiere darme,
Porque antes de separarme
Me verá muerto á tus piés.

¡Oh! si las pasiones nuestras
Fueran de igual violencia,
El dolor de nuestra ausencia
Se partiera entre los dos: [tras
Mas tú un semblante me mues-
Indiferente ó contento,
Cuando yo no tengo aliento
Ni aun para decirte á Dios.

Murmurando un manso rio
Baña el prado con sosiego,
Y por fruto de su riego
Bellas flores ve brotar:

Tú en silencio, llanto mio,
Mi afligido pecho bañas,
Y de Silvia las entrañas
No consigues ablandar.

¿Mas qué dices, Silvia mia,
Con ese tierno suspiro?
¿Porqué entre lágrimas miro
Tus ojos resplandecer?

Gual nube que en claro día
Opuesta al sol se deshace,
Y el sol con sus rayos hace
Brillar el agua al caer.

¿En mí los lánguidos ojos
Fijas con tanta ternura
¿Sin faltarle la hermosura
Falta á tu rostro el color?

¿Vas á abrir los labios rojos,
Y el sentimiento los sella?
¿Que en tí haya de ser tan bella
Aun la imagen del dolor!

¡Insensato! yo pensaba
Que la amarga pena mia
Algun alivio tendria
Si tú penáras tambien;
Al error que me engañaba
Concede, Silvia, el perdon:
Ya siento mas tu afliccion
Que antes sentí tu desden.

Bien mio, por Dios te ruego,
Serena el triste quebranto;
No vale tan bello llanto
Cuanto el mundo encierra en sí:
Pasen por tí con sosiego
De amor las horas serenas,
Y aquellas de angustias llenas
Que se detengan en mí.

En mí, miserable y triste,
Por el cielo destinado
Para soportar del hado
La bárbara crueldad:
No en tí, que hermosa naciste
Llena de un poder divino
Para tener el destino
Sujeto á tu voluntad.

Por él tendrás el consuelo,
Mientras que mi ausencia llores,
De encontrar mil amadores
Mas de tu gusto que yo:

Otro á quien dispense el cielo
La fortuna de agradarte;
Pero otro que sepa amarte
Como yo te amo, eso no.

No me enamoró tu trato,
Ni tu semblante perfecto,
Sino un simpático afecto,
Que tal vez nació con él:

Yo me figuré un retrato
De las gracias verdaderas,
Y conocí que tú eras
El original de aquel.

No suele en tierra caído
Tan turbado é indeciso
A un relámpago improviso
El caminante quedar,

Como yo de amor perdido
Al mirar tu bello rostro,
Pues luego á tus piés me postro,
Y te adoro á mi pesar.

Mas yo parto...; ay Dios! mis
En la esplicacion no caben;
Los cielos solos las saben
Que el fondo del alma ven,
Y vieron las horas llenas
De deliciosos recreos,
Que colmaron mis deseos
En los brazos de mi bien.

Ya las aguas blandamente
Mueve afable ventolina,
Y de la gente marina
Se oye la confusa voz:

Ya del ancla el corvo diente
Del fondo tenaz retiran;
Todos á darme conspiran
Una muerte mas veloz.

Ya con planta vacilante
Piso la débil barquilla,
Pronta á abandonar la orilla,
Y llevarme al gran bajel.

Silvia, á tu infeliz amante,
En los últimos momentos,
¡Qué funestos pensamientos
No le asaltan de tropel!

Conozco el dulce desquite
Con que pagas mis ternezas,

Se me acuerdan tus finezas,
Tu cariño bien lo sé:

No hay prueba que no acredite
Tu pasión en mi presencia;
¿Pero quién sabe en la ausencia
Si sabrás guardarme fe?

Ese atractivo divino,
De mi sumo bien origen,
Tal vez los hados lo eligen
Por principio de mi mal;
Y mientras yo, ausente y fino,
Mi perdida prenda lloro,
Los encantos que yo adoro
Gozará un feliz rival.

No, mi bien: no, gloria mia;
¡Oh! no se lleven los vientos
Esos tiernos juramentos
Que el universo envidió:
Venzamos la tiranía
Del tiempo y de la distancia
Con la invariable constancia
Del lazo que nos unió.

Al salir el sol brillante,
Al poner sus luces bellas,
Al nacer luna y estrellas
Estaré pensando en tí:
No me apartaré un instante
De esta idea encantadora;
Y tú entre tanto, traidora,
Ni aun te acordarás de mí.

A solas mi pensamiento,
Engolfado en esos mares,
Repasará los lugares
Donde contigo me ví:
Entonces mi sentimiento
Hará sensibles los broncez;
Tú, mas que ellos dura, entonces
Ni aun te acordarás de mí.

Aquí ví sus perfecciones;
Allá la juré mi dueño;
Allí con labio halagüeño
Me dió el venturoso si:

Tal vez estas reflexiones
Harán que el dolor me acabe:
Y tú entre tanto ¿quién sabe
Si te acordarás de mí?

Llamaré instante de gloria
Aquel en que ví tu gracia,
Y origen de mi desgracia
El punto en que la perdí:
Mil veces esta memoria
Me hará renovar el llanto;
Y tú ¿quién sabe entre tanto
Si te acordarás de mí?

Quando solo se esten viendo
En el cielo las señales
Con que asusta á los mortales
El supremo criador,
Oyese el tronar horrendo
En las cavernas mas hondas,

Y del mar las turbias ondas
Se levanten con furor:

Quando impelido del noto
El soberbio mar Tirreno
Quiera desde su hondo seno
Las estrellas asaltar:
Y emplee el triste piloto,
En vez de la ciencia, el ruego,
Viendo ser su nave el juego
De la cólera del mar:

Entre los roncós clamores
De gente que atribulada
Ante sus ojos la espada
De la muerte ven lucir:
Yo haré que de mis amores
Tan negro horror se despida,
Y ¡á Dios, Silvia de mi vida!
Se oirá en los vientos gemir.

II.

SONETO.

A OLIMPIA, CANTANDO.

Guarda, Olimpia, esa boca seductora,
Que dulcemente canta y dulce ríe,
Para aquel orgulloso que se engrie
De que ninguna gracia le enamora.
El ejemplo de un alma que te adora,
Por mas que de tus ojos se desvie,
Hará que el mas soberbio desconfie
De no rendirse á la fatal cantora.
Yo el süave olor que de tu labio parte,
Y aun el tacto evité de tus vestidos,
Y los ojos volví por no mirarte;
Pero al sonar tu voz en mis oídos,
Olimpia, ví que para no adorarte
Es menester quedarse sin sentidos.

III.

EMILIA.

(Las Artes, canto primero.)

Tú, pensamiento mio, enamorado
De la Pintura, absorto en sus prestigios,

De perspectiva en perspectiva vuelas ;
 Pero las voces faltan , los prodigios
 Crecen , y circundado
 Del númen de Jordan , en vano anhelas
 Cautivar en tus versos sus colores :
 Tú bien dirás que no creó las flores
 Mas bellas que el pincel naturaleza ,
 Cantarás la verdad y la viveza
 Que espresa el gesto y hasta el genio humano ;
 Pero si audaz el portentoso arcano
 Pretendes penetrar del claro oscuro ,
 Mira : ese luminar claro y fecundo ,
 Que en medio de los cielos se gloria ,
 Arbitro de la luz , de dar el día
 De polo á polo al ámbito del mundo ,
 Si de su luz el mas brillante rayo
 Fulmina hácia ese muro
 (Que en luto melancólico y umbrío ,
 Entre cipreses el sepulcro frio
 Pinta , donde los manes yacen juntos
 De dos amantes por amor difuntos)
 Le ve desfallecer en el desmayo
 Que el arte obró , y el mismo sol se asombra
 De no poder dar luz al rasgo oscuro
 Que condenó el pincel á eterna sombra.
 Mientras que la Pintura á mi memoria
 Por muros y artesones repetia
 O los amenos campos que amé un día ,
 O los antiguos fastos de la historia ,
 La Arquitectura , audaz trastornadora
 De la faz de la tierra , y del humano
 Poder grandioso esfuerzo , me arrebató
 Al par de la Pintura encantadora.
 ¿Y quién , sin ella , distinguir pudiera
 De la caverna del leon rugiente ,
 De la morada del castor mañoso ,
 La habitacion del ser inteligente ?
 ¿Quién los mares pobló , quién si no es ella
 El intratable piélago domella ,
 Y á pesar de sus iras procelosas
 Hace que vuelen raudos por su espalda
 Bélicos muros ? ¿Quién labró espaciosa
 Las cunas del diamante y la esmeralda ,
 Y la honda vena en que el metal se forma
 En atrevidas bóvedas transforma ?
 Y dejando su imperio subterráneo ,
 Vedla por esos vastos horizontes

Cual , por hacerlos gratos y sombríos ,
 Rompe su enlace á los mármóreos montes ,
 Tuerce su curso á los viciosos rios.
 Ved esos dos altísimos collados ,
 Que , avaros guardas de diversos prados ,
 Se amenazan los dos con frente torva ,
 Soberbios con sus mutuos atributos ,
 Mientras su corpulencia el paso estorba
 De amigas aguas á anhelantes frutos ;
 Perpetua desunion y eterna guerra
 Se juran cuando el hombre en su codicia
 Los frutos ve morir que el uno encierra ,
 Y las aguas que el otro desperdicia ;
 Nuevo raudal presume de opulencia ,
 Y avaro , y prepotente con la ciencia ,
 ¿Qué habrá que no presuma ?
 Pensativo á la falda se aproxima ,
 De donde apenas la nublosa cima
 Descubrir puede ; mas su industria suma
 Los escala , los mide , los abrumba
 Con simétricas rocas ; las alzadas
 Frentes , de solo el rayo antes tratadas ,
 De un acueducto al fin sufren el yugo ;
 Pasa sonando el cristalino jugo ,
 Y las opuestas flores le saludan ,
 Y los sedientos campos le acarician.
 Ved cual las leyes del artista mudan
 Las de Natura , y su poder desquician ;
 Y cual , sobre una y otra altiva loma ,
 Y sobre el arco hermoso que las doma ,
 Sobre el agua , que alegre peregrina
 Por la region del céfiro camina ,
 Sobre tal mole en fin , el caminante
 Ve la imágen del Genio descollante ,
 La imágen de su especie destinada
 Del bajo suelo á no apartar las huellas ,
 Rayando con la frente en las estrellas.
 Magia tan alta Arquitectura encierra !
 Mas no entonces me aterra
 Con la potente mano
 Que alzó la alta columna de Trajano ,
 Que enormes masas encumbró en los vientos ,
 Y fatigó la edad con monumentos
 De la alta gloria y del poder romano ;
 Sino fácil , sencilla , caprichosa ,
 Bien como el dios que de alumbrar los cielos
 Bajó á la tierra á cultivar la rosa ;

Tal mansion, no la fuerza, mas la lira
De Apolo edificó, tanto respira
Todo alegría y celestial frescura;
No las tersas columnas desfigura
Labor prolija ó sobrepuesto adorno;
Cuando la vista embelesada en torno
Por alabastro y pórvido se espacia,
Los ve luciendo en orden tan sencillo,
Que la magnificencia allí su brillo
Suaviza en la sonrisa de la gracia.

IV.

ODA.

LA TEMPESTAD Y LA GUERRA, O EL COMBATE DE TRAFALGAR.

Cantar victorias mi ambicion seria;
Pero sabed que el dios de la armonía,
Dispensador de gloria,
El favor de fortuna en poco estima,
Y solo el valor inclito sublima
Con inmortal memoria.

Ved aun brillando aquellos en su templo,
Que vieron las Termópilas, ejemplo
De varonil constancia;
Y los que sucumbieron, no domados,
Bajo los tristes muros abrasados
De la infeliz Numancia.

Hay á quien de la cuna alza el destino
Para llevarle siempre por camino
De dóciles laureles:
Las dichas van volando ante sus pasos,
Y en manos de ellas pierden los acasos
Sus espinas crueles.

Héroes, si ya no dioses, el inmenso
Vulgo los clama; mas en tanto incienso
Yo mi razon no ofusco;
Y de Belona en el dudoso empeño,
Donde muestra Fortuna airado el ceño,
Allí los héroes busco.

¡O constancia! ¡O del alma ardiente brio!
Tiende la inmensa vista, escelsa Clio,
Por esos mares vastos;
Tiéndela, que á pesar de hados malignos,

Nunca la habrán parado hechos mas dignos
De tus gloriosos fastos.

Mira en baldon de Gades opulenta
Levantarse la furia mas sangrienta
De los senos oscuros;
Y de su ávida mano al mar lanzadas
Las calidonias selvas, transformadas
En fluctüantes muros.

Su envidia es la ciudad de Hércules bella,
Que en las puertas atlánticas descuella,
Teniendo al mar á raya,
En ondas que postrándose á su frente,
Llegan cargadas de oro de occidente
A enriquecer su playa.

¡Qué de ministros vendes á su encono,
Anglia infecunda, de las nieblas trono,
Campos que el sol no mira,
Que, en sonrisa falaz, Flora reviste
De estéril verde en que la flor es triste,
Y amor sin gloria espira!

Hidrópicos de aurívoro veneno,
Al monstruo de codicia abren el seno
Contra la gloria hispana,
Cuando en horrendas máquinas de muerte
Hasta el precioso fruto se convierte
De la comarca indiana.

De su armada que en vano el mar rechaza
Al cielo, ó con abismos amenaza,
Hacen soberbia muestra:
No lo sufris, alumnos esforzados
De los Bazanes, y de ardor llevados,
Lanzais al mar la vuestra.

Y cual de opuestos vientos acosados
Cruzándose ennegrecen los nublados
Las etéreas campañas,
Y conturbando al mundo en su bramido,
Dispütanse el eléctrico fluido,
Ferviente en sus entrañas;

Tal de ambas partes la batalla llega,
Y las alas flamígeras desplega,
Y nave á nave cierra,
Y libra, ¡o dia de infeliz renombre!

Cuatro elementos juntos contra el hombre,
En brazos de la guerra.

¡Quién, entre torbellinos de humo denso,
Que á las aras de Marte, en digno incienso,
Mandan cóncavos bronce,
De férreos rayos el silbar sin cuento,
Y el ruido, que desquicia el firmamento
De sus eternos gongos;

Quién, de llamas y sangre en tanto lago,
Mástiles estallantes y alto estrago
De derrocadas moles;

Quién, al triste fulgor que el cuadro alumbra,
Vuestros sangrientos rostros no columbra,
O jefes españoles!

Impávidos, de rojo humor teñidos,
O de sulfúreo polvo ennegrecidos,
Terribles, como en ciego
Combate de sacrilegos gigantes,
De los dioses los fúlgidos semblantes,
Entre nubes de fuego.

Con ronca voz vuestro corage entona
El metálico grito de Belona,

Que al combatiente inflama:
Ni se teme mortal, cuando á sus ojos,
De hirviente sangre ve raudales rojos,
Que él mismo al mar derrama.

Cuájase en hierro el aire, y se convierte
Cada átomo en un dardo de la muerte,
Cuyo enorme esqueleto,
Gozoso, en medio al golfo se levanta,
Viendo ejercerse allí, con furia tanta,
Su asolador decreto.

¡Oh cuál de juventud las flores siega,
O á perpetuo dolor la vida entrega!

A un brazo mutilado
Succede el otro á la venganza presto,
O dura aun á pié firme el cuerpo inhiesto,
De su cerviz privado.

Mas ¡ay! que allí clara columna sube
De fuego al viento, y entre humosa nube
Desplómense al abismo

Cuerpos, cabezas, armas y maderos,
Y brazos que aun no sueltan los aceros
Que empuñó el patriotismo.

Gime al estruendo el Trafalgar convulso,
Tiembla el Olimpo, cual si á duro impulso
De bárbaros Titanes
Nadando ardiendo fueran por las aguas
De Etna y Vesubio las hirvientes fraguas,
Y á un tiempo mil volcanes.

De espanto estremecidos los voraces
Monstruos del mar agólpanse fugaces
Hácia el Hercúleo estrecho;
De horror el cielo en nubes se encapota,
Y de escándalo al mar bramando azota
El aquilon deshecho.

Y de su misma cólera espumosa
Nace la tempestad, de desastrosa
Noche fatal presagio;
Marte á su aspecto enfrena el alarido;
Scila y Caribdis alzan el ladrido,
Númenes de naufragio.

A devorar los desperdicios tristes
De hierro y fuego, rápidos venistes,
Cual rayo, olas y vientos;
¡O noche, quién podrá espresar tu espanto!
¡Quién tu aflicción conmemorar sin llanto!
¡Quién contar tus lamentos!

Ceden, en fin, al elemento amargo
Naves, que domellaron tiempo largo
Sus furores altivos:
Los hombres se hunden, y por siempre ansioso
Se cierra el cauce del sepulcro undoso,
Donde descienden vivos.

Minerva, ¡oh! salva al que, en mejor fortuna,
Hasta el lecho del sol desde la cuna
Surcó el terráqueo giro!
¡Urania, á aquel tu confidente, auxilia!
Amor, ¡ay! vuelve á una infeliz familia
De ese el postrer suspiro!

¡Tristes! ¡Nadando hácia la patria amada,
Y ella esquivarse en sirtes erizada,
Que las olas esconden,
Y la muerte descubre! Y á las voces
De los míseros naufragos, feroces
Ellas solas responden.

Jamas el tiempo eslabonar podria
Noche mas dura á mas horrible día;

Pero en tanto conflicto,
 Quien tales hados superó constante
 ; Dónde hallará peligro que quebrante
 Su corazon invicto!

; Dónde? ; O Clio!... Mas tú de horrores tales,
 Con buril de oro, en tablas inmortales
 Libras de olvido el daño;
 Escribes, y la fama los publica,
 Nombres que el eco olímpico replica:
 Gravina, Alava, Escaño.

; Y cuántos mas, que de mi voz suprime
 El mismo amor que en mi memoria gime!
 ; O Cosme (1)!... ; O dura suerte!
 Dadle eterno laurel, hijas de Apolo,
 Que á un amigo infeliz le cabe solo
 Darle llanto en su muerte.

Crisol de adversidad claro y seguro
 Vuestro valor probó sublime y puro,
 ; O marinos hispanos!
 Broquel fué de la patria vuestra vida,
 Que, al fin, vengada y siempre defendida
 Será por vuestras manos.

Rinda al Leon y al Aguila Neptuno
 El brazo tutelar, con que importuno
 Y esclavo al Anglia cierra;
 Y ella os verá desde las altas popas,
 Lanzar torrentes de invencibles tropas
 Sobre su infausta tierra.

Básteos, en tanto, el lúgubre tributo
 De su muerto adalid (2), doblando el luto
 Del Támesis umbrío;
 Que si, llenos de honrosas cicatrices,
 Se os ve, para ocasiones mas felices,
 Reservar vuestro brio,

Sois cual leon, que en líbico desierto,
 Con garra atroz, del cazador esperto
 Rompió asechanza astuta,
 Que no inglorioso, aunque sangriento y laso,
 Temido sí, se vuelve paso á paso
 A su arenosa gruta.

(1) Don Cosme Churruca.

(2) Nelson.

BERMUDEZ DE CASTRO

(DON JOSÉ).

NOVELA.

LOS DOS ARTISTAS.

I.

En una callejuela sucia y oscura de Sevilla, habia una casa cuya fachada y distribucion desde los cimientos á las tejas han sido alteradas por adiciones, sustracciones y composturas sucesivas, hasta mudar enteramente su forma y cambiarla en otra, tan distinta y tan diversa de la de que hablamos que no la hubiera conocido el pobre albañil que con orgullo de arquitecto la concibió y puso su primera piedra, muchos años antes del de gracia de 1616 en que la presentamos á nuestros lectores.

En aquel tiempo consistia la tal casa en dos pisos, si se puede contar por tal una especie de camaranchon de suelo terrizo y de techo bajo que cubria las tres cuartas partes de la sala y al que se subia por una escalera de mano. Este sobrado ó zaquizami es el que nos interesa conocer, y mas bien por satisfacer la curiosidad de algun lector ó lectora que se distraeria de nuestra relacion por el ansia de adivinar el resto de la casa, diremos que esta se componia á mas de la sala, de un patio grande y cuadrado, una cocina estrecha á un lado y una mezquina cuadra para un caballo al otro. Cuadra á la sazón vacia, y sea esto dicho de paso para no volver mas á visitarla.

El camaranchon, ó sea sobrado de que hablamos, tenia dos ventanas opuestas, una que daba á la calle y otra al patio que hemos mencionado. Cuando se alzaba la cabeza perpendicularmente, al subir el último escalon de aquella escalera, y al sacarla por la especie de escotillon que servia de entrada, se veian varios lienzos y tablas, imprimados, apomazados y listos para pintar, que estaban colgados en diferentes sitios de las paredes, advirtiéndose á primera vista que no habia entrado en la mente del que los puso idea alguna de adorno ó simetria en su colocacion; pues unos estaban apaisados, otros colgando por un ángulo, todos con despilfarro y al descuido, inclinándose mas á un lado que á otro segun que el clavo sobre el que se balanceaban en equilibrio estaba mas ó menos distante del centro del bastidor.